

## Notas

---

blanca

# En el largo plazo: ¿Está Keynes todavía vivo?

*Hugo Ferullo*

ISES (UNT-CONICET)-ARGENTINA  
hferullo@herrera.unt.edu.ar

Durante la gran crisis que sacudió a la primera globalización de la economía de mercado durante el año 1929 y cuyas consecuencias devastadoras se prolongaron por cerca de un década, John M. Keynes desafió abiertamente la visión hasta el momento largamente aceptada por el pensamiento económico que él llamó “clásico”. En los últimos treinta años, la presencia del pensamiento de Keynes fue languideciendo de manera creciente, para desembocar en su virtual desaparición de los espacios donde los estudios de macroeconomía se presentan como académicamente sólidos. En este pequeño escrito, lo que presentamos son algunos argumentos que permiten resaltar la vigencia clara del pensamiento de este autor en estos momentos en que asistimos a una nueva crisis económica de alcance global.

Con el fin de reseñar brevemente las críticas dirigidas a las ideas económicas que prevalecían en su época, comenzaremos con un breve comentario acerca de los reparos que despertaron en Keynes cuatro de los conceptos básicos que sostenían buena parte del edificio teórico de lo hoy se conoce como economía neoclásica, construido durante buena parte del siglo XIX y las primeras décadas del XX (Skidelsky, 2009). El primero de estos conceptos es la escasez de los medios (recursos) en relación con los fines (deseos), lo que imprime al pensamiento económico una lógica en la que resulta impensable que sea la demanda (los deseos de comprar “bienes”) lo que resulte insuficiente. Como rezaba la llamada “ley de Say”, la oferta crea siempre su propia demanda.

El segundo concepto se refiere al equilibrio, idea central de un sistema en el cual la acción simultánea de agentes individuales competitivos lleva a

compensar y neutralizar los “errores” que cada uno pueda cometer en sus cálculos, de manera que el resultado final óptimo quede garantizado para el conjunto. Esta forma de pensar es la que Keynes tenía en mente cuando escribió el más famoso de sus habituales aforismos: “en el largo plazo estamos todos muertos”, cuya intención no era otra que la de volver la atención de los economistas hacia el mundo real y concreto de las cosas que ocurren en nuestro “corto plazo”.

El tercer postulado conceptual que sirve de pilar a la corriente económica de raíz clásica está referido a la supuesta neutralidad del dinero. La economía clásica construyó una teoría cuyo objetivo básico fue el de explicar la formación de los precios en una economía donde lo que se intercambian son bienes y servicios “reales”. La métrica asociada a las magnitudes “nominales” (medidas en dinero) puede ser de gran ayuda para la contabilidad de los asuntos económicos, pero lo que realmente importa son los precios que se forman con la oferta y demanda de bienes reales, además de cómo estos precios establecidos en mercados particulares forman parte de un sistema general de precios (donde lo que se establece y compara son los llamados precios relativos de los bienes). En todo este marco teórico, la función esencial del dinero consiste en facilitar los intercambios sirviendo, según la famosa metáfora asociada al nombre de David Hume, de lubricante que ayuda a mover con agilidad las ruedas del comercio.

El dinero no es nunca demandado en el marco de la teoría económica neoclásica como un bien en sí mismo, puesto que el simple hecho de poseerlo o atesorarlo no brinda ninguna “utilidad”; la gente adquiere o recibe dinero solamente porque lo necesita para sus transacciones, lo que implica que los cambios en la cantidad total de dinero que circula en una economía no provoca cambio alguno en los precios relativos de los bienes que se intercambian. Esto explica el cumplimiento de lo que postula la famosa teoría cuantitativa del dinero, esto es: en condiciones de pleno empleo, cualquier cambio en la cantidad global de dinero provoca un cambio proporcionalmente idéntico en el nivel general de precios.

El cuarto y último marco conceptual que ayuda a definir los pilares básicos del pensamiento económico clásico está relacionado con llamado “vicio ricardiano”, fórmula asociada David Ricardo, considerado por muchos el verdadero precursor de la opción que llevó a nuestra disciplina a privilegiar en sus modelos el uso abundante del poderoso instrumento de la abstracción. Sobre la base del pensamiento abstracto y deductivo, la construcción de modelos “ideales” se convirtieron en moneda corriente del trabajo teórico en economía, empezando por el más célebre constructo del *homo economicus*. Por supuesto que la construcción teórica de mundos ideales y poco realistas no fue nunca el objetivo buscado por los economistas; lo que se convirtió en parte de la tradición clásica de esta disciplina fue el intento de mostrar las imperfeccio-

nes y fallas institucionales del mundo económico real a través, justamente, de la contrastación de este mundo real con lo que los modelos ideales señalaban como perfecto (en un afán de acercar, mediante las políticas adecuadas, la realidad a la perfección). En este contexto, no sorprende el poco apego que los economistas de formación clásica sienten por la imposición que manda respetar el realismo de los supuestos sobre los que se construyen los modelos teóricos.

Sobre la base de los cuatro conceptos fundamentales que acabamos de sintetizar, esta teoría económica “clásica” dominaba claramente el pensamiento económico en tiempos de la gran crisis de la década de 1930. El mensaje político central que se desprendía de esta teoría consistía en señalar de manera taxativa que la confianza que la economía necesita para desarrollarse aceptadamente hay que depositarla simplemente en los mercados, cuyo funcionamiento libre garantizaba estabilidad y eficiencia. La visión clásica reposaba, de esta manera, en la firme creencia que, si lo que se pretendía era el empleo eficiente y pleno de los factores productivos, el funcionamiento libre de los mercados, incluidos los mercados financieros, no necesitaban de regulaciones adicionales por parte de ninguna autoridad.

Keynes aceptó sin reparos la construcción y el uso de modelos en tanto instrumentos básicos del trabajo científico de los economistas; sólo que exigía de estos modelos que sean capaces de representar, lo más minuciosamente posible, lo que el mundo es, con todos sus defectos y descartando de plano la preocupación del economista por la invención de mundos perfectos. El modelo macroeconómico que él mismo propuso en su *Teoría General* es, contrariamente al postulado de la ley de Say, un modelo de insuficiencia de demanda agregada. La noción de equilibrio no fue aquí abandonada en la tarea de entender cómo funciona la economía en el mundo real; pero en su obra no hay “un” equilibrio que resulta de la acción de fuerzas fundamentales, sino muchos equilibrios posibles, cada uno asociado a un estado dado de expectativas. Estas expectativas tienen para Keynes, como veremos más adelante, una relación muy especial con la presencia del dinero, en tanto mecanismo sutil que el sujeto utiliza para ligar el presente con el futuro y que le sirve como un premio en términos de tranquilidad psicológica frente a la incertidumbre propia de las decisiones de inversión de largo plazo.

Eludiendo todo tecnicismo, podemos decir que lo que Keynes propone en su *Teoría General* es, básicamente, que una explicación que nos ayude a entender las razones de ocurrencia de una crisis como la de la década de 1930 requiere de un estudio minucioso del funcionamiento efectivo de los mercados, en particular los mercados financieros.

Keynes fue siempre un defensor activo de la economía de mercado; su crítica dirigida al pensamiento económico dominante estaba encaminada a mejorar el funcionamiento de estas economías de mercado, y entre sus con-

sejos figuraba, en primer lugar, la necesidad de desterrar la confianza ciega en ellos, considerados erróneamente como vehículos seguros para resguardar, todo el tiempo, la estabilidad de la economía sin poner en peligro la eficiencia global del sistema productivo. La construcción de economías verdaderamente mixtas, que el mundo económicamente más desarrollado conoció durante las décadas que siguieron al final de la segunda gran guerra (donde los Estados mostraron un rol cada vez más activo), puede considerarse, en parte, como un fruto de esta enseñanza básica de Keynes.

Con el fin de presentar brevemente los argumentos centrales a los que Keynes apela para explicar la crisis de su época, podemos decir que la causa fundamental de la aparición de la falla sistémica del funcionamiento económico que esta gran crisis ponía en evidencia está asociada a la simple e inevitable existencia de la incertidumbre, entendida como un fenómeno imposible de medir en los plazos que resultan relevantes para las decisiones de inversión de largo plazo, sobre las que se asienta el crecimiento de la producción y del empleo en las economías modernas de mercado.

Cuando Keynes habla de incertidumbre, se refiere a una situación donde las bases de conocimiento del futuro son demasiado precarias como para permitir el cálculo de probabilidades. En estas condiciones, para evitar la inacción propia de situaciones como la del asno de Buridan, tenemos que apoyarnos en el conocimiento incierto que proveen las convenciones sociales y, si esto resulta poco creíble para el sujeto decisor, no le queda más que basarse en factores psicológicos. Este es el marco de análisis que emplea Keynes en el célebre capítulo doce de su *Teoría General*, donde la “racionalidad”, aquella que el economista “clásico” supone en el *homo economicus*, no le sirve de mucho al inversor de carne y hueso cuando pretende formar sus expectativas de largo plazo, sobre las que muchas decisiones de inversión se basan.

Para Keynes, “las decisiones humanas que comprometen el futuro sobre el plano personal, político o económico no pueden estar inspiradas por una estricta previsión matemática, porque no existe la base de tal predicción; es nuestra necesidad innata de actividad lo que constituye el verdadero motor de los negocios, nuestro cerebro eligiendo como puede y calculando cuando puede, pero anulando a menudo el cálculo frente a impulsos que responden al capricho, al sentimiento o a la suerte” (Keynes, 2001)

Renunciar al cálculo exacto que las matemáticas aseguran al hombre de ciencia no significa, para Keynes, renunciar al razonamiento lógico propio del trabajo científico. Por un lado, el razonamiento matemático no se agota en la utilización de métodos numéricos precisos, puesto que las matemáticas son, más que nada, una ayuda en el campo de lo lógico-simbólico. Por otro lado, la lógica que Keynes pregona para el razonamiento económico con pretensiones científicas, es una “lógica humana”<sup>1</sup> capaz de tratar los temas económicos sin excluir la complejidad, ni el carácter orgánico de las relaciones sociales,

ni el carácter inexacto del conocimiento propio de nuestra disciplina. En este campo metodológico, Keynes estimaba que su enfoque guardaba estricta coherencia con el de los científicos que él más estimaba, como Newton, Darwin y Freud.

Por supuesto que las matemáticas ayudan mucho a pensar correctamente, pero —si la economía se piensa matemáticamente— se desvirtúa como ciencia práctica. Mucho de lo que hay que estudiar en el mundo de lo económico no pertenece a la esfera de lo estrictamente necesario, de aquello que se puede deducir con exactitud de las premisas adoptadas; los asuntos económicos pertenecen, más bien, al mundo de la libertad humana y de la contingencia propia de las acciones libres. De esta forma, la economía está destinada a estudiar la conducta humana, considerando explícitamente: el entramado complejo de relaciones sociales, la naturaleza orgánica de estas relaciones y el carácter vago del conocimiento que sobre estos asuntos somos capaces de poseer.

Frente a la complejidad de la materia que pretende estudiar, el pensamiento económico no puede agotar su cometido científico en la mera manipulación econométrica de datos (que carecen, en general, de la permanencia y de la estabilidad requeridas). Ni las estadísticas ni las matemáticas son, para Keynes, el lenguaje exclusivo al que el científico de la economía tiene necesariamente que apelar: Nada puede sustituir cabalmente al buen juicio del economista, para quien el lenguaje ordinario constituye, muchas veces, el mejor vehículo con el que cuenta para expresar científicamente las ideas económicas más profundas, si pretende evitar tratar lo que es, por naturaleza, vago e impreciso, como si se tratara de asuntos categóricamente precisos.

En un ambiente económico incierto, las elecciones intertemporales de los sujetos económicos individuales pueden depender sólo en parte del cálculo racional (definido racional en el sentido instrumental); estas elecciones se basan también, y a veces sobre todo, en motivos que podemos llamar, por contraposición, “no racionales”: el hábito, los instintos, el deseo, la pasión o la conocida fórmula “animal spirit”, a la que Keynes apela para resumir la tendencia humana a actuar (frente a la alternativa de permanecer paralizado), aún en situaciones de incertidumbre radical. Robert Skidelsky sintetiza con claridad la importancia que esta cuestión adquiere cuando queremos entender la diferencia entre Keynes y la economía “clásica” que él criticó:

En la economía de Keynes, la lógica de la elección bajo incertidumbre confronta con la lógica clásica de la elección bajo escasez. Las dos son lógicas de gente racional; la diferencia radica en el estado de conocimiento que los participantes en los mercados se supone que poseen. Los economistas clásicos creyeron implícitamente, y los economistas ‘nuevos clásicos’ lo creen explícitamente, que los participantes en los mercados tienen un conocimiento completo de las distribuciones de todas las probabilidades asignadas a los eventos futuros.

Esto equivale a decir que tienen que hacer frente sólo a riesgos mensurables. Frente a una decisión de inversión, están exactamente en la misma posición de un asegurador frente a un seguro de vida: conocen los riesgos. Keynes creía que los participantes en los mercados se enfrentan en muchas situaciones a una incertidumbre irreducible. No tienen ninguna base sobre la cual calcular los riesgos que la decisión de inversión debe encarar. Están sumergidos en lo desconocido (Skidelsky, 2009:75).

En síntesis, podemos decir que la complejidad del mundo de la economía aparece en Keynes ligada principalmente a los siguientes factores:

- la organicidad de los procesos sociales (donde el agregado no se obtiene de la simple suma de lo individual),
- la irreversibilidad no homogénea del tiempo en el que los fenómenos económicos transcurren. Y, sobre todo,
- la incertidumbre, como atributo muchas veces presente en el ambiente dentro del cual los sujetos económicos tienen que tomar decisiones que involucran el futuro.

Asociada con la complejidad social de las relaciones económicas y con la incertidumbre que éstas generan, aparece el mecanismo principal a través del cual explica Keynes el desencadenamiento de la gran crisis: la presencia del dinero en las economías modernas, subrayando en particular su función de depósito de valor. Hablando de las dificultades que Keynes ve en la economía clásica para tratar eficazmente la manera en que la acumulación de riqueza “líquida” de los individuos tiene lugar en nuestras economías modernas, la cita anterior se completa de siguiente manera:

El rol que juega en la teoría de Keynes el dinero como ‘depósito de valor’ resulta clave. El dinero es una de las “convenciones” que las sociedades humanas han adoptado para resguardarse de la incertidumbre, permitiendo que la gente posponga sus decisiones sobre qué y cuándo comprar. Este hecho juega un rol crucial en la explicación dada por Keynes al desarrollo de la crisis financiera y de la depresión económica. El rol principal de la gestión económica consiste en reducir el alcance de la incertidumbre irreducible (Skidelsky, 2009:74).

Los argumentos de Keynes desembocaron, como es conocido, en una propuesta clara de política económica: sólo el Estado, con una política fiscal que estimule la actividad, podía evitar los enormes costos sociales de una recesión que, en ausencia de intervención estatal, se extiende demasiado en el tiempo. La explosión de gasto público que sobrevino con la segunda gran guerra sirvió como una suerte de “ensayo de laboratorio” que convenció a muchos sobre



la sensatez de los consejos políticos que se desprendían de la obra de Keynes, cuyas ideas centrales terminaron desplazando largamente, en las décadas que siguieron a la posguerra, a los postulados económicos “clásicos”. De esta manera, las ideas de Keynes se impusieron vigorosamente como rectoras del marco teórico que guió la reconstrucción de la economía mundial que siguió a la segunda gran guerra.

Pero el panorama comenzó a cambiar de manera sensible a partir de los años setenta del siglo pasado. A partir de entonces, al momento de gran entusiasmo en el que políticos como el presidente norteamericano Richard Nixon y economistas de la talla de Milton Friedman predicaban que “somos ahora todos Keynesianos”, le siguió otro momento donde lo que primó fue una creciente y devastadora crítica dirigida a restaurar las ideas que prevalecían en la economía “clásica”. La primera etapa de ese cambio se asocia con las enseñanzas monetaristas lideradas por Milton Friedman, que otorgaba al Estado un rol limitado pero clave, circunscribiendo su papel a garantizar la estabilidad del sistema a través del manejo de la oferta monetaria como instrumento de previsión de las crisis. En las etapas siguientes se radicalizó cada vez más la idea de que el Estado, con su pretensión de mejorar la estabilidad de los sistemas económicos modernos (evitando, en particular, la aparición de crisis recesivas graves), constituía más un problema que un aporte a la solución.

Las expectativas racionales, la hipótesis de mercados eficientes (aplicada a los mercados financieros) y la teoría de ciclos económicos reales son parte de los instrumentos teóricos que aparecieron en este resurgimiento del pensamiento económico clásico, que desembocó en el nacimiento de lo que se conoce hoy como “nueva” escuela clásica, donde la desconfianza fenomenal que impera en relación con la participación del Estado en las economías modernas supera largamente los recaudos que Keynes pone al funcionamiento de estos mismos mercados (en particular, los mercados financieros). Dicho de otra manera, la confianza que Keynes deposita en los mercados es mucho mayor que la confianza que los nuevos clásicos parecen tener en el Estado, considerado por los mentores de esta escuela como el causante de virtualmente todos los problemas significativos de las economías modernas de mercado, incluido entre ellos la ocurrencia de las mismas crisis financieras. Para estos economistas, está claro que los mercados financieros son eficientes y, por lo tanto, nunca pueden fallar, lo que significa que las crisis tienen que ser necesariamente el resultado de las políticas instrumentadas por el Estado.

Lo que esta resurrección de los grandes conceptos de la economía de raíz clásica trajo aparejado puede reducirse, en términos prácticos, a un esfuerzo intelectual sistemático destinado a mostrar las desventajas económicas que las regulaciones de los mercados, aquellas que siguieron a las precauciones que la gran crisis obligó a tomar, sobre todo en el mundo de las finanzas, traen apa-

rejudadas en términos de eficiencia global del sistema económico. Todas estas trabas al funcionamiento absolutamente libre de los mercados que nacieron con posterioridad a la crisis de los años '30 son trabas innecesarias; peor aún, son directamente nocivas, por lo que lo que corresponde es dismantelarlas una a una y retornar a la vieja fe en los mercados como solución óptima de virtualmente todos los problemas económicos que la vida moderna presenta.

Muy interesante resulta la perspectiva histórica en la que Robert Skidelsky pone a la hipótesis de las expectativas racionales:

En la historia del pensamiento, la hipótesis de expectativas racionales representa una fusión de las aspiraciones científico-racionales del Iluminismo con la característica confianza que la democracia americana depositó en la 'sabiduría de las masas'. Esta hipótesis ha venido germinándose en la matriz de la economía desde el inicio mismo de su pretensión de convertirse en una 'ciencia' durante el siglo XVIII, apelando sólo a la magia de las matemáticas para darle vida a este sueño. Pero la historia de las expectativas racionales está también conectada con el carácter democrático del sueño norteamericano. Los mercados, que representan el veredicto de millones de personas siguiendo cada una su propio interés, conocen más y mejor que los gobiernos. El soberano es el consumidor [...](Skidelsky, 2009:35).

Este párrafo destaca elocuentemente como la hipótesis de expectativas racionales superó ampliamente el campo de aplicación meramente teórico (y abstracto) en el que se desarrolló originalmente, para convertirse en un punto de apoyo "científico" para algunos sueños políticos y sociales. Sirvió también para justificar prácticas concretas en el mundo de la instrumentación de políticas públicas, sobre todo cuando el pensamiento económico agregó a esta hipótesis la llamada a teoría de los mercados (financieros) eficientes.

Para analizar sucintamente la relación de la teoría económica con los consejos de política (dirigidos, en definitiva, a liberar los mercados financieros de regulaciones innecesarias, en el mejor de los casos), el mejor punto de partida consiste en pensar qué pasará con los mercados financieros si la vida económica fuese totalmente previsible, hasta el punto tal que pueda considerársela libre de todo riesgo. La respuesta sería la existencia de un mercado financiero con un activo único, cuyas transacciones se pactarían a la única tasa de interés imperante, aquella que se considera libre de riesgo. Bajo el supuesto de que lo que se conoce del futuro no es exactamente lo que va a pasar sino la probabilidad o el riesgo mensurable de que las cosas efectivamente pasen, la teoría de los mercados eficientes construyó un estilizado edificio teórico, destinado a demostrar que los precios de todos los activos financieros que se intercambian en los mercados (bonos, acciones, derivados, etc.) tienen incorporado la mejor estimación posible de todos los riesgos que pueden asociarse a la tenencia

en propiedad de cada uno de esos activos, dada la información pública y privada disponible. De esta manera, la teoría da cabida a la existencia simultánea de diferentes instrumentos financieros que difieren en la tasa de retorno que ofrecen y que se fijan en función del riesgo asociado a cada uno de estos instrumentos; por su parte, los inversores pueden componer con estos activos el portafolio preferido, buscando minimizar el riesgo total. La teoría entera de mercados financieros eficientes está basada, precisamente, en la confianza depositada en los precios de mercado, aceptados como indicadores certeros del valor de estos activos racionalmente evaluados.

Por su parte, estrechamente ligada a la hipótesis de las expectativas racionales y la confianza en los mercados “eficientes”, la teoría de los ciclos reales llega a la conclusión de que las fluctuaciones en el ingreso nacional de una economía no expresan nunca una desviación que esa economía mostraría en relación con su tendencia productiva potencial u óptima (como ocurre en momentos de “recalentamiento” o en los momentos “recesivos”); la economía está siempre en su sendero potencial puesto que, según esta teoría, los mercados están siempre en equilibrio, en el sentido de que las cantidades ofrecidas y demandadas son siempre las mismas y “vacían” el mercado. De esta manera, lo que la economía llamó tradicionalmente “ciclos” serían, en realidad, fluctuaciones en ingreso óptimo o potencial de una economía; y estas fluctuaciones se supone que están provocadas por algún cambio inesperado o innovativo (un *shock*) en el ambiente donde se desarrolla la vida económica “real”, por ejemplo cuando se produce un adelanto tecnológico o un *shock* en el mercado petrolero. El ciclo nace como resultado de la respuesta eficiente que provoca en los actores racionales el cambio de circunstancias que sobreviene al *shock* real.

La hipótesis de expectativas racionales, la teoría de mercados financieros eficientes y la teoría de ciclos reales configuran una tríada unida por un mensaje básico común: los mercados, en ausencia de toda regulación ajena a su propio funcionamiento libre y competitivo, son necesariamente eficientes y estables. Ahora bien, la enorme crisis que sacudió durante el año 2008 a los mercados financieros más “eficientes” del mundo muestra a las claras que los modelos económicos, contruidos con el apoyo de las más elevadas matemáticas, resultaron de hecho poco confiables en su tarea de gerenciar el riesgo, tarea que pretendió justificarse con la ilusión de haber calculado todo el riesgo existente y, por lo tanto, tenerlo bajo control. Admitiendo decididamente que los mercados financieros son parte del servicio público que nuestras modernas economías necesitan de manera imperiosa, la tarea mayor de estos mercados no consiste en administrar el riesgo con precisiones y exactitudes espurias, sino en reconocer las precauciones que, frente a la incertidumbre, tenemos forzosamente que tomar como sociedad.

Los Bancos serán siempre más confiables si se comportan como Bancos, no como especuladores que arriesgan el dinero de otros tomando altos riesgos con el seguro de última instancia que les proveen los Bancos Centrales, para después socializar las pérdidas cuando su importancia clave en las economías modernas obligue a “rescatarlos” con el dinero de todos. Las compañías de seguro, por su parte, serán más confiables cuando se comporten como aseguradoras de activos reales directos, no de papeles cuya existencia se apoya en complejos razonamientos formales que, cuando se prueba de hecho que se trataba de papeles “tóxicos”, puede ser ya demasiado tarde para evitar una crisis cuyos mayores costos recae siempre sobre los que menos tienen.

Todo desarrollo o crecimiento sustentable es estable. Hay que evitar el crecimiento basado en “creativas” invenciones financieras cuando éstas, por su manejo irresponsable de la incertidumbre transformada “matemáticamente” en riesgo ilusoriamente controlado, permiten el desarrollo de convenciones que llevan a los sujetos de nuestras economías modernas a depositar su confianza en pompas de jabón, que los expertos presentan muchas veces como sólidos activos. Sin estos inventos financieros, el crédito a la familia hubiera sido menor y, por lo tanto, el crecimiento de la economía global (y, en particular, la de los Estados Unidos) hubiera sido más lento en las últimas dos décadas; pero la terrible crisis de confianza en la que desembocó la economía mundial hubiera podido evitarse. No se trata de convertir esta cuestión en una dicotomía que nos obligaría a elegir entre el crecimiento apoyado en el funcionamiento libre de los mercados y la estabilidad que frena esta expansión a través de interferencias y regulaciones específicas. De lo que se trata es simplemente de evitar el optimismo desmedido que nace de una confianza excesiva depositada en la presunta existencia de una tendencia aparentemente irreversible que nos lleva hacia mercados cada vez más completos y, en consecuencia, cada vez más eficientes. Cubrirse de riesgos por medio de instrumentos financieros novedosos constituye sin dudas un avance en términos de eficiencia, pero cuando se pretende eliminar la incertidumbre lo que se pone en peligro es la estabilidad del sistema mismo. Una confianza excesiva en los mercados durante el momento en que el globo especulativo se infla, termina usualmente en una desconfianza excesiva cuando el globo comienza inevitablemente a desinflarse.

En definitiva, lo que esta gran crisis nos enseña una vez más es que, en el mundo real, la certeza absoluta no forma parte de la vida económica y debería desaparecer también de la ciencia que pretende estudiarla. Esta enseñanza elemental forma definitivamente parte del legado que nos dejó de Keynes, cuya *Teoría General* sigue ofreciendo hoy una de las guías más útiles para pensar críticamente las reglas e instituciones que la regulación financiera de una economía moderna de mercado requiere.

Para finalizar este breve recorrido que busca resaltar la vigencia actual del pensamiento de Keynes, no podemos dejar de recordar que las ideas centrales del gran economista de Cambridge desbordaron generosamente el campo de lo que hoy se define como dominio “estrictamente económico”. Mostrando la profunda imbricación que existe necesariamente entre la economía, la política y los valores morales, pregona Keynes que:

El problema político de la especie humana consiste en combinar tres cosas: La Eficiencia Económica, la Justicia Social y la Libertad Individual. La primera requiere espíritu crítico, precaución y conocimiento técnico; la segunda, un espíritu desinteresado y entusiasta apoyado en un verdadero amor al hombre común; la tercera, tolerancia, aliento, apreciación de las excelencias propias de la variedad e independencia [...] (Keynes, 1931:344).

El cumplimiento de estos grandes ideales políticos constituye para nuestro autor una condición necesaria para lograr que la vida social pueda ser considerada verdaderamente “buena”. Para acercarse a este ideal, lo que nos corresponde hacer es:

[...] construir un marco de sociedad en la cual los motivos pecuniarios que influyen la acción evidenciarán un cambio en su importancia relativa, en la cual las aprobaciones sociales se distribuirán de manera diferente, y donde la conducta previamente considerada normal y respetable cesa de ser una cosa o la otra (Keynes, 1931a:302).

Keynes no duda acerca de lo que aparece como el principal obstáculo que, en las economías modernas de mercado, sirve de freno a las enormes potencialidades que el aumento de la productividad abre a la vida humana en sociedad. Las citas que siguen pretenden sintetizar sus opiniones sobre este asunto:

Lo que me parece cada día más claro es que el problema moral de nuestra época tiene que ver con el amor al dinero, con la apelación habitual al motivo del dinero para explicar las nueve décimas partes de las actividades de la vida, con la lucha universal por conseguirlo como el mayor esfuerzo después de la seguridad individual, con la aprobación social del dinero como la medida del éxito que cada uno se construye y con la valoración social del instinto al atesoramiento como el fundamento donde se asienta la necesidad de provisión para la familia y para el futuro (Keynes, 1931a:308).

Lamentablemente, lo que añoraba para las generaciones futuras de las sociedades democráticas sigue siendo, todavía hoy, un anhelo a alcanzar:

El amor al dinero como posesión —distinguiendo este motivo del amor al dinero como medio para disfrutar y realizar la vida de cada uno— será reconocido por lo que es, algo desagradablemente mórbido, una de esas propensiones semi-patológicas, semi-criminales, que uno deriva con cierto estremecimiento a los especialistas en enfermedades mentales (Keynes, 1931b:369).

## BIBLIOGRAFIA

SKILDESKY, Robert (2009): *KEYNES. The Return of the Master*, Londres, Penguin Books, pp. 76-83.

KEYNES, John M. (2001): *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

— (1931): “Liberalism And Labour”, en *Essays In Persuasion*, Londres, Rupert-Hart Davis.

— (1931a): “A Short View Of Russia”, en *Essays In Persuasion*, Londres, Rupert-Hart Davis.

— (1931b): “Economic Possibilities For Our Grandchildren”, *Essays In Persuasion*, Londres, Rupert-Hart Davis.

## NOTAS

<sup>1</sup> Se puede ver en esta afirmación una influencia clara de Aristóteles (a quien Keynes leyó un poco tardíamente, pero con gran admiración).

blanca